

Saira Shah

# UNA COCINA A PRUEBA DE RATONES

Traducción del inglés de  
Patricia Antón de Vez



Título original: *The Mouse-Proof Kitchen*

Ilustración de la cubierta: Patrik Engstrom/Getty Images

*Copyright © Saira Shah, 2013*

*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-594-6

Depósito legal: B-12.921-2014

1ª edición, junio de 2014

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*Dedico este libro a mi madre, que me dio la vida,  
a Scott, que me ha dado la felicidad, y a Ailsa,  
que me ha enseñado qué es el amor*



**Diciembre**



Los dolores vienen y van en oleadas. No se parecen en nada a los subidones orgásmicos descritos por mi profesora new age de preparación al parto, pero tampoco son tan terribles como los relatos de mi madre de pelvis partidas en dos y mujeres que enloquecen de pura agonía.

Inhalo gas y aire y ansío ver la cara de Tobias, tan adorable y pícara, como si invitara al mundo a compartir una broma secreta con él. Cuando mi madre lo conoció, le dijo que parecía un caballo simpático. Es una comparación que él detesta, pero a mí me encanta.

Y aquí está, por fin, con los oscuros rizados más revueltos incluso que de costumbre, y cómo no, llega tarde al nacimiento de su primer retoño. Seguro que su aspecto desastrosado es la simple consecuencia de una inoportuna salida nocturna por la ciudad. Tobias no es un guerrero de la naturaleza.

Dispongo de un instante para sorprenderme de haber sabido, desde el momento en que me fijé en él tambaleándose en la pista de baile, que iba a ser la pareja ideal y el padre de mi hijo. Entonces la comadrona suelta un grito: no le encuentran el pulso al bebé. De pronto la habitación se llena de luces. Gente con bata azul de quirófano y mascarilla entra a toda prisa y Tobias, sin afeitarse y sudoroso, llora y balbucea: «Sí, sí, lo que sea, pero, por favor, sólo asegúren-

se de que están bien», y de pronto me están poniendo la epidural para hacerme una cesárea de emergencia.

Han desplegado una pantalla y siento un hurgar extraño como si alguien moviera muebles en mi interior. Voy a la deriva, consciente e inconsciente a ratos. Y las drogas, las naturales del parto y el potente cóctel de los médicos, deben de ser muy buenas porque, después de nueve meses de preocupación obsesiva, estoy tranquila y zen.

Más tirones.

—¡Es una niña! —exclama alguien.

Se oye un berrido: mi bebé ya está aquí; mi niña está detrás de la mampara. No me dejan verla. Los segundos parecen horas. Siento un deseo salvaje de ver cómo es.

Por fin me la traen. Tiene grandes ojos grises, uno un poco más pequeño que el otro. Por un instante pienso: «No es una belleza.» Luego algo hace clic en mi cabeza y la cara más bonita y perfecta posible pasa a ser una cara un poco asimétrica con ojos grises ligeramente desparejos. Tobias aparece a mi lado, llorando incontrolablemente de alegría, orgullo y amor.

Es un instante perfecto. Uno de esos raros momentos en que no te apetecería estar en otro lugar, ni hacer otra cosa. Donde se funden pasado y futuro y solamente existe el ahora.

Me trasladan en una camilla con el bebé arrebujado contra mí y pienso: «Esto es sólo el comienzo.» Ella es mía ahora, para tenerla y abrazarla, para siempre. Tenemos toda la vida para conocernos la una a la otra. Me siento inundada de un amor que nunca he sentido antes; un amor que se extiende al bebé y a Tobias, y que irradia más allá, suficiente para iluminar el mundo entero.

Había visto antes un par de recién nacidos, y siempre temblaban, como sobrecogidos ante la magnificencia de este mundo y la inmensidad de la distancia recorrida. Pero la mía no hace eso. Mi pequeña viajera del espacio está completamente serena.



Entonces empieza a retorcerse. Vislumbro un puño apretado que se agita.

—¡Tiene un ataque! —grita Tobias.

Un instante de temor primitivo, instintivo: «Oh, no, es el fin para este bebé.» Nuestra vida normal se ha esfumado.

Una vez más, parece una escena de «Urgencias», con médicos en pijama de quirófano acudiendo a toda prisa.

Si quieres que las cosas pasen, tienes que planearlas. Lo sé muy bien: soy chef. Para hacer una bechamel, por ejemplo, se necesitan los ingredientes correctos en proporciones precisas, en el momento justo. Hay que medir, controlar el tiempo, tener cuidado. Todas estas cosas se me dan bien por naturaleza. Tobias no lo entiende. Es músico y compone para documentales de televisión y cortometrajes. Casi nunca se levanta antes del mediodía y deja papeles, ropa y restos de su vida desparramados por todas partes. Es un tremendo impuntual crónico. Dice que le gusta estar abierto al destino y a esto lo llama *creatividad*. Yo también soy creativa. Pero no se puede ser descuidado con una salsa. Simplemente, no sale bien.

Desde que nos pusimos a intentar tener un hijo, he planeado hasta el último detalle. Sé que nuestra hija se llamará Freya (un nombre bonito y anticuado con un significado ligeramente new age: una diosa nórdica del amor y del nacimiento), aunque Tobias dice que primero tendré que pasar por encima de su cadáver. Sé que nuestra hija tendrá hombros anchos y piernas largas y bonitas como él, y pelo castaño y liso y grandes ojos grises y serios como yo. Que tendrá su alegría de vivir y mi instinto para la organización. Que tan pronto como salgamos de este hospital vamos a venderlo todo y nos mudaremos al sur de Francia.

Y así, ahora, aquí tendida como estoy en un sopor inducido por la morfina, no me asusta que unos médicos se

alejen con Tobias y el bebé. Mis planes están trazados. Todo saldrá bien.

En el sur de Francia, el cálido sol brillará sobre nosotros. La gente será amable. Nuestra hija crecerá bilingüe, sofisticada, a salvo de pederastas. No necesitará las últimas zapatillas Nike; no comerá basura.

Puedo ver la casa que compraremos: una casa de campo en la Provenza con rosas y malvas alrededor de la puerta, un campo de lavanda salpicado de olivos, el azul profundo del mar fundido con el celeste del cielo. Estoy flotando sobre ese mar, ese campo y esa casa y en alguna parte, muy abajo, Tobias, el bebé y yo estamos viviendo nuestras vidas perfectas.

Me despierto temprano.

Quiero estar con mi bebé. Es difícil saber si se me ha pasado el efecto de la morfina. Estoy todavía mareada y confundida, pero también tengo un dolor terrible.

Supone un esfuerzo enorme recordar dónde estoy: en la pequeña habitación privada que el hospital tiene para lo que llaman *casos especiales*. A mi lado alguien ronca, y eso me recuerda que a Tobias lo han dejado dormir aquí en un catre plegable. En la mesa, mi teléfono móvil comienza a sonar. Temblando, rechazo la llamada. Segundos después aparece un texto: «¿Noticias? ¿Quéee?» Mi mejor amiga, Martha. Arquitecta. Sola. Demasiado ocupada para escribir más. No tengo ni idea de qué decirle. Lo dejo para más tarde.

Llega una enfermera a sacarme el catéter. No tenía ni idea de que llevaba uno puesto; parece como si me hubiera divorciado de mi cuerpo en algún momento de las últimas ocho horas más o menos. Que te saquen el catéter duele como el demonio. Vomito, por el dolor o la morfina, no sé.

—¿Se encuentra bien? —quiere saber la enfermera.

No tengo ni idea de la respuesta, pero necesito levantarme, así que miento y digo que estoy bien.

—¿Puedo ir a ver a mi hija ahora, por favor?

Nuestra hija está en una habitación oscura llena de máquinas que suenan, tacapum tacapum tacapum, y de bebés del tamaño de un puño en incubadoras transparentes con extrañas luces de colores. La reconozco inmediatamente: es dos veces mayor que los otros niños. Está en una cuna abierta, en posición fetal, con un tubo que le sale de la nariz y un cable pegado al pie. Sobre su cabeza hay un banco de monitores que la reducen a una serie de signos vitales: latido del corazón, saturación de oxígeno, respiración.

Una enfermera nos explica que se trata de la UCIN, la unidad de cuidados intensivos neonatal, y nos muestra cómo cogerla sin soltar todos los tubos. Tengo a mi hija en brazos por primera vez. Es perfecta: boca de capullo de rosa, orejas de elfo, ojos cerrados firmemente. Puedo contarle las pestañas (cuatro en el párpado derecho, cinco en el izquierdo) e imaginarlas creciendo secretamente en mi vientre como semillas bajo tierra.

—Es preciosa —dice un médico. Siento una oleada de placer y orgullo—. Si a la mamá no le importa, voy a utilizar algunos instrumentos especiales para verle el fondo de los ojos.

La coge de mis brazos con suavidad y la observo, totalmente absorta en ella, mientras la examinan. Escucho al médico discutiendo sobre ella con su analista. Es una cháchara técnica. Parecen haber encontrado algunas cosas que buscaban. Me siento contenta por ellos, satisfecha con el bebé. Al cabo de un buen rato el doctor se vuelve hacia mí.

—Tiene un coloboma en el ojo izquierdo. La retina de ese ojo no se ha formado como debía, y el iris tampoco lo ha hecho por completo.

Lo miro con cara de no entender, porque cualquiera puede ver que este diminuto ser humano es exactamente como debería ser.

—Su hija no va a ser ciega —continúa—. Es posible que sea un poco hipermétrope.

El interruptor en mi cabeza vuelve a hacer clic y la cara asimétrica se transforma otra vez: una niña rarita con enormes gafas que mira con ojos hipermétropes desde una fotografía escolar. Y que se convierte a su vez en la más dulce y perfecta de todas las caras posibles.

—Tendremos que hacerle una resonancia magnética para estar seguros —explica el médico—, pero parece que la raíz del problema podría estar en el cerebro.

Pero yo no le presto atención porque, cuando me devuelve a mi hija, mis hormonas de la felicidad se disparan y me dejan abrumada. No concuerdan con todas esas palabras horribles y son más poderosas que cualquiera de ellas.

—Tengo la sensación de estar cayendo por un abismo —dice Tobias.

Ojalá pudiera tener la misma certeza que yo de que todo va a salir bien. Le sonrío. Pero él se limita a soltar un bufido exasperado y se dirige al médico.

—Querría formularle algunas preguntas. —Me lanza una mirada elocuente—. ¿Podemos hablar un momento fuera?

Veo cerrarse la puerta tras ellos, pensando que se comportan de una forma muy rara. Sólo me hace falta estrechar a mi bebé entre los brazos para saber que es perfecta. La niña abre los ojos. La pupila del izquierdo es alargada como una lágrima, como si la hubiesen pintado con tinta negra que se ha corrido. Nunca he visto un bebé con una pupila así. Parece algo especial. Nos observamos con solemnidad unos instantes y luego se le vuelven a cerrar los párpados. Intento que se me coja a un pecho. Hace un mohín, asiendo delicadamente la punta del pezón entre los labios. Siento un suave tirón, como el de un pecesito.

—Así no va a conseguir que mame —dice una alegre enfermera del servicio de salud pública—. Tiene que abrir mucho la boca, como un pajarito.

La niña y yo pasamos un rato intentándolo. De vez en cuando abre la boquita en un repentino bostezo, como un

tiburón, y arremete contra mi pecho de una manera cómica que recuerda a Benny Hill. Pero algo sale mal cada vez; se retuerce y se aparta de mí, su carita se contrae de furia y hace aspavientos con los puñitos apretados. Entonces, su cálido cuerpo se arrebujaba de nuevo contra mi pecho y vuelvo a dejarme llevar por la bruma de la morfina.

—Cuidado, señora mamá, se está quedando dormida —me dice la enfermera—. Podría dejar caer al bebé.

—No estoy cansada.

—Mejor vuelva a la cama.

Pero ¿por qué voy a querer estar en otro sitio que no sea con mi bebé? De modo que aquí sigo, estrechándola entre mis brazos en esta habitación llena de luces que parpadean y cunas de metacrilato, pensando que es extraño que ninguno de estos bebés parezca llorar nunca, como si las máquinas hubiesen robado sus voces.

—¿Qué tal el parto, cariño? —La voz de mi madre a través del teléfono suena muy distante.

—No del todo mal. La cesárea ha ido bien. El bebé...

—Contigo me tiré cuarenta y ocho horas. En aquellos tiempos no te hacían una cesárea a menos que estuvieras prácticamente muerta.

—El bebé...

—No sé cómo pude soportarlo. Al menos en aquellos tiempos te dejaban fumar entre contracción y contracción.

Capto una tenue y familiar sensación de irritación a través del sopor. Mi madre nunca, ni una sola vez, ha dicho algo como se suponía que debía hacerlo, como hacen las demás madres. Quizá no tenemos nada en común porque fue una madre mayor para sus tiempos (yo tengo treinta y ocho y ella sesenta y nueve). Se casó a los veinte y no ha trabajado en toda su vida; yo postergué tener una familia por el bien de mi carrera. Mientras que los simples mortales se ven obligados a adaptarse al cambiante mundo, mi madre exige que

todos se adapten al suyo. Durante años se las ha apañado para vivir en lo que ella llama su *torre de marfil*, una especie de idílico paisaje de los años cincuenta desde el cual, toda glamour e inocencia, imparte órdenes. Cualquier verdad inconveniente se ve desterrada. A lo largo de cuarenta y ocho años de matrimonio, mi difunto y santo padre contribuyó a mantenerla en su pedestal, tolerando su caprichosa conducta y tratando de cumplir sus imposibles exigencias. Mi madre dejó de fumar, de golpe y sin hacer comentarios, cuando él murió de cáncer de garganta, hace nueve meses. En todos los demás aspectos, está peor que nunca.

—Mamá, tengo algo importante que decirte.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Tobias me ha llamado desde el hospital cuando te estaban cosiendo. ¡Una niñita! ¡Preciosa! Pero ha sido agotador. En mis tiempos separaban a los bebés de sus madres de inmediato y los ponían en una habitación especial. Era mucho mejor. Hoy en día insisten en que los tengáis todo el tiempo con vosotras.

Vuelvo a intentarlo:

—El bebé...

—¿Aún piensas traérmela por Navidad?

—No lo creo, mamá.

—Quizá podría ir yo a pasar la Navidad con vosotros.

—No estoy segura de que sea muy buena idea. Verás, mamá, resulta que el bebé...

—Bueno, en realidad tengo que estar aquí de todas formas...

Por su tono de voz me doy cuenta de que he herido sus sentimientos con algo que he dicho, pero vuelvo a tener problemas para concentrarme.

—No puedo dejar el comedero de los pájaros. Cariño, siento mencionar esto ahora, pero ¿podrías llamar a la protectora de aves para que se lleven los estorninos de mi jardín? Desde la muerte de tu padre no he tenido a quien pedírselo y me temo que los pobres polluelos van a morir de hambre.

Su voz sigue y sigue y, mientras me sumo poco a poco en la inconsciencia, me pregunto hasta qué punto la que considero mi propia personalidad es meramente una reacción ante la suya. ¿Soy disciplinada, diplomática, convencional y contenida sólo porque ella no lo es?

—Mañana me pasaré por ahí —la oigo decir—, sólo para echarle un vistazo, nada más. No te preocupes, no me meteré donde no me llaman. Quédate en el hospital todo el tiempo que puedas y descansa mucho. No muevas un dedo. Deja que el personal lo haga todo.

En la unidad de cuidados intensivos, el tiempo transcurre en una nube de sonidos leves y tenues luces de colores que parpadean en los monitores. Todo parece amortiguado, como si estuviésemos en un acuario. Mi bebé y yo nos aferramos la una a la otra y el tiempo fluye suavemente. Llega una enfermera para decirnos que estamos a la espera. Hacemos cola para una resonancia magnética. La niña sigue sin conseguir mamar como es debido. Todavía no tengo leche, sólo una cantidad mínima de calostro. Me las apañó para sacarme una única y espesa gota. Parece leche condensada. Mojo en ella la yema del dedo y se la llevo a los labios a la niña. Su carita adquiere una expresión de éxtasis epicúreo. Esto es lo que le corresponde, su derecho de nacimiento, el alimento que debería recibir, y no una solución de glucosa por un tubo a través de la nariz.

A Tobias no le gusta la unidad. Pasa más y más tiempo ausente, escabulléndose a contestar los mensajes de voz y de texto que empiezan a llegar del mundo exterior. Nuestros amigos comienzan a preguntarse por qué no hemos aparecido todavía con un bebé sano.

—Martha no para de llamar a mi teléfono —me dice—. ¿Quieres hablar con ella?

—Dile que la llamaré después.

No quiero hablar con nadie. Ni siquiera con Tobias. Pero insiste en que nos tomemos un poco de tiempo para nosotros y, empujándome en la silla de ruedas, me hace ba-

jar al vestíbulo. Desde su cunita de metacrilato, tres pisos más arriba, el bebé me llama.

—Deberíamos subir ahora a verla —digo.

—Sí, sí, ahora vamos. Déjame comprar un periódico.

Tobias es un maestro en aparcar las cosas para más tarde. Se pasa una eternidad charlando con la cajera de WH Smith. La niña vuelve a llamarme. «¿Dónde estás?» Tobias me empuja pasillo abajo a velocidad de vértigo. Cada minuto más o menos, suelta la silla para observar los carteles del servicio de salud pública en las paredes. «Si fumas, tu bebé también.» «La diabetes mata. Pídele a tu médico que te haga un análisis hoy mismo.» Descoloridos y llenos de cagaditas de mosca, lo dejan fascinado.

«Ven conmigo, te necesito.»

Tobias ve una mesa de tijera decorada con guirnaldas y cubierta de juguetes tejidos a mano. En un estandarte se lee: «LOS AMIGOS DEL BAZAR NAVIDEÑO DE ST. ETHEL. POR FAVOR, SEAN GENEROSOS.» Al lado hay dos mujeres mayores. Se me cae el alma a los pies; Tobias adora a las mujeres mayores, y ellas a él. Al poco ya están charlotteando con él.

—¿Su bebé está en cuidados intensivos? Vaya, pobrecito, no se preocupe. Éste es un hospital excelente. Dicen que tiene la mejor unidad neonatal de todo el país. Mandan aquí a bebés de toda Inglaterra.

—Venden ustedes unas cosas muy bonitas —dice Tobias.

—Pues también hacemos todas las sabanitas para los bebés de la unidad especial. Y peúcos para los prematuros. Y gorritos. Ya sabe, son incapaces de regular su temperatura.

—¿Qué les parece que preferirá nuestro bebé, un conejito o un tigre?

El bebé vuelve a llamarme, con mayor urgencia. «No quiero ninguna de las dos cosas. Te quiero a ti.»

—Tobias, por favor, vámonos ya.

Su rostro, normalmente tan relajado, está muy tenso.



—Necesito un café. Tú también vienes, ¿no? Así podemos pasar un ratito juntos.

Pero mi bebé tiene un campo gravitatorio que me atrae hacia ella.

—No me apetece un café. Creo que debería volver con ella. Estoy segura de que puedo caminar si me lo tomo con calma.

Tobias me mira como si tuviera deseos de añadir algo. De malos modos, me pone un conejito de punto en la mano.

—Súbele esto. Yo voy dentro de un rato.

Me alejo renqueante pasillo abajo. Esperar el ascensor es una agonía. Las puertas se abren con un chirrido. El ascensor va lleno. Me cuelo en un espacio diminuto, tratando de proteger mis puntos de la gente. Las puertas se cierran con un silbido. Siento que mi bebé tira de mí hacia arriba.

—Me dicen los de resonancias magnéticas que ha habido una cancelación —anuncia una enfermera—. Pueden hacerle el escáner, siempre y cuando lleguen antes de cuarenta minutos.

—Date prisa, Anna —dice Tobias—. Como perdamos el turno, nunca sabremos qué le pasa.

Pero primero hay que ponerle al bebé ropa que no tenga tachuelas metálicas, porque el aparato de resonancias es un gigantesco campo magnético. Luego hay que rellenar quince páginas de formularios. Y finalmente todos los tubos y monitores tienen que trasladarse a un cochecito de hospital con pinta industrial. Una enfermera en prácticas en su primer día en el hospital empuja al bebé, y Tobias se ocupa de mi silla de ruedas. A toda pastilla. Cada vez que encontramos un bache suelto un gemido de dolor, un recordatorio de que hace menos de veinticuatro horas que me han sometido a una operación abdominal seria. En algún punto de la carrera por pasillos interminables, perdiéndonos y recibiendo malas indicaciones, Tobias comenta:

—He estado dándole vueltas, y es posible que Freya sea un buen nombre, bien pensado. Es como una diosa diminuta, y supongo que su nacimiento constituye un triunfo increíble.

Al oír eso, comprendo finalmente que está preocupado de verdad. Que confía en que ponerle el nombre que a mí me gusta y él detesta conseguirá aplacar a los dioses y hacer que todo salga bien. Ya hemos superado bastantes obstáculos para tener este bebé. Yo quería tenerla en marzo pasado. Eso significaba concebirla en junio, de manera que pedí permiso en la fecha adecuada (trabajaba en el Cri de la Fourchette, en el West End, con estrellas Michelin, seis noches a la semana), ideé un menú para una idílica velada en casa (sopa de langosta con una botella de Meursault) y esperé resultados.

Nada.

No soy de las que se dejan intimidar por un pequeño contratiempo, de manera que me limité a fijar otra fecha. Pero, casi sin percatarme, los meses iban pasando. Hasta que finalmente me vine abajo y sollocé en el hombro de Tobias.

—No quiero morir sin hijos y es todo culpa tuya porque tardaste mucho en decidir tenerlos y quizá mi madre tenía razón y a mí se me ha pasado el arroz por haberme dedicado a mi carrera.

Y Tobias me abrazó y dijo lo que había que decir e hicimos el amor y, justo cuando estaba a punto de desespararme, ocurrió el milagro.

La vida no se volvió más fácil. Mi jefe, Nicolás Chevalier, el famoso chef, dejó bien claro que no cree que el embarazo y la maternidad sean compatibles con las jornadas de catorce horas seis días por semana que les exige a sus subordinados. Por suerte, Tobias llevaba una buena racha con la composición, de manera que presenté mi dimisión, eché a mis inquilinos y vendí el piso de soltera que había comprado años atrás. Lo cual quiere decir que, una vez pa-

gada la hipoteca, tengo ahora una bonita suma en el banco para el depósito de una propiedad en Francia.

Me ha costado meses convencer a Tobias para que abandone su cómoda vida en Londres y nos mudemos a la Provenza. Cuanto menos se diga sobre el traumático proceso, mejor. Pero lo bueno de la composición es que en realidad puede hacerse en cualquier parte. En cuanto a mí, me formé en el Instituto Lecomte de Artes Culinarias, en Aix-en-Provence, donde era algo así como la discípula estrella. Estoy bastante segura de poder persuadir a René Lecomte de que me admita entre su personal. Estoy en ello.

Entretanto, he estado curioseando en páginas web de inmobiliarias y viendo episodios de «Un lugar en el sol» hasta volver casi majareta a Tobias. Hasta me las he apañado para contratar a una agente inmobiliaria. Se llama Sandrine y es discretamente eficiente. Hasta ahora, cuanto ha sugerido ha resultado imposiblemente caro, pero un día de éstos, lo sé, va a encontrarnos la casa perfecta con un presupuesto paupérrimo.

Mientras le hacen la resonancia a Freya, vamos a la cafetería a tomar una sopa. Sigo teniendo la sensación de que esto no nos está pasando de verdad. Es como estar en una película, viéndonos corretear por ahí en la pantalla.

Seguro que dentro de unas horas nos darán luz verde. Soltaremos un gran suspiro de alivio, cogeremos el teléfono y le notificaremos a todo el mundo que ha nacido nuestra primera hija. Al cabo de un tiempo nos reiremos de todo esto y les contaremos a los amigos todo el ridículo alboroto que se armó en torno a nuestra hija en sus primeros días de vida. «Nos llevamos un buen susto, podéis estar seguros.» Y dedicaremos un momento a recordar a todos los pobres niños que no han tenido tanta suerte y a sus padres.

En la mesa de al lado hay una niñita con parálisis cerebral. Es mona pero flaquita y extraña y lleva un collarín. Se mueve como a sacudidas y con la espalda tiesa. Está jugando con su padre, y el juego consiste en que no para

de abalanzarse hacia él; cada vez que lo hace, él tiende los brazos para cogerla y le da un beso en la frente.

¿Cómo será cuidar de una niña así? Ninguno de los dos parece especialmente desgraciado. Sólo están pasando un día normal, que por casualidad tiene lugar en una cafetería de hospital.

Tobias me ve mirándola.

—Firmé para que me dieran un hijo, pero no creo que firmara para algo así.

—Ay, no, qué va. Nuestra Freya es un encanto. Tengo un buen presentimiento. No puedo creer que le ocurra nada malo. Estoy segura de que la resonancia demostrará que todo esto sólo ha sido un error.

—Su hija padece de... Bueno, en su cerebro hay un montón de cosas que no andan bien, pero la más importante se llama polimicrogiria. —El especialista que nos ha traído los resultados de la resonancia magnética ha llegado a la unidad flanqueado por dos enfermeras. Mala señal—. El término *giria* alude a los surcos corticales en el cerebro. *Poli* quiere decir *muchos*. Lo lógico sería pensar que es bueno tener muchos surcos en el cerebro, pero los surcos de su hija son muy poco profundos. —Habla muy deprisa, como si confiara en que tendremos bastante con esto y podrá salir pitando de aquí—. Como bebé, no se le pide que haga gran cosa. No se espera que su coordinación motora sea muy buena. Pero cuando crezca se le va a exigir más. Es probable que padezca algún grado de discapacidad mental y física.

Los últimos vestigios de morfina y las hormonas de la felicidad se escapan por un desagüe invisible para ser reemplazadas por un repentino subidón de adrenalina.

—¿A qué se refiere exactamente con *discapacidad mental y física*? —pregunto.

—Es imposible saberlo en este punto. Hay niños con resultados muy malos en la resonancia magnética que evo-

lucionan bastante bien, mientras que a otros que no estaban tan mal sobre el papel les va bastante peor.

—¿Y qué quiere decir exactamente que *evolucionan bastante bien*?

—Hay un espectro de posibilidades.

—Sí, vale, pero ¿dónde empieza y dónde acaba ese espectro?

—Es muy difícil saberlo de antemano.

—¿Cuál ha sido la causa? —interviene Tobias.

—Haremos unos análisis genéticos... quizá encontremos algún gen defectuoso. Una mutación espontánea o bien un gen recesivo del que los dos son casualmente portadores. O puede haberse tratado de una infección que en los primeros meses de embarazo no se detectó.

—Pero me sometí a todas las ecografías que tocaban.

—Estas cosas son difíciles de ver mediante el ultrasonido. Verán, esto no quiere decir que no pueda tener una vida larga, o feliz. Puede ser una niña satisfecha. Intenten no pensar ahora en el futuro.

Una enfermera me da un apretón en el brazo.

—Hay una habitación tranquila aquí al lado. ¿Quieren que la traigamos, para que puedan pasar un ratito a solas con su bebé?

Nos hacen pasar a una habitación que parece una sala de estar de imitación. Hay dos butacas y una mesa con una gran caja de pañuelos de papel. En un rincón hay un chabacano arbolito de Navidad que empieza a marchitarse.

Tobias y yo nos sentamos con el bebé, llorando. Cuando le miro la carita magullada y asimétrica me pregunto qué largo y terrible trayecto habrá tenido que recorrer para llegar tan maltrecha, tan incompleta. Ha heredado de mí los ojos muy separados, pero los tiene rasgados hacia abajo. Parece un monje tibetano.

Quizá, como un monje tibetano muy viejo, contemplaba la puesta de sol desplegándose en las montañas tibetanas cuando fue llamada al nirvana. Pero suplicó una vida más

aquí en la tierra, de manera que la mayor parte de su alma acudió a mí a toda velocidad, pero una parte de su cerebro quedó atrás, tan fragmentada e incompleta como la imagen del crepúsculo entre las nubes.

Tobias quiere que cene algo.

—Ya sé que estás cuidando de la niña, pero yo voy a cuidar de ti.

Se lo ve muy decidido, muy protector, y no estoy acostumbrada a verlo así. Pero ¿de qué me está protegiendo? ¿De mí misma? ¿Del bebé?

Estamos sentados en la cafetería del hospital y revolvemos un estofado de un indefinible color marrón. La adrenalina ha desaparecido y nos sentimos débiles y temblorosos. Tengo un zumbido en los oídos, como si llevara horas, días, viviendo entre el martilleo incesante de una obra y aún reverberase en mi interior.

Nos quedamos un rato inmóviles, dejando enfriar el estofado, cogiéndonos de la mano y mirándonos a los ojos. Solíamos hacer eso cuando nos enamoramos. Mi teléfono móvil vibra contra la superficie de plástico de la mesa. Lo he puesto en silencio. Hay seis llamadas perdidas de Martha y otro mensaje de texto: «NOTICIAS???» Soy incapaz de responder. Haciendo un gran esfuerzo, volvemos a la habitación.

—Puedo ofrecerte una cama plegable de lujo del servicio de salud, si te apetece —dice Tobias.

Nos metemos los dos en su camita. Durante unos minutos, nos abrazamos muy fuerte, como si fuéramos a soltarnos de golpe y salir volando. Lloro en su hombro y dejo que me transmita su fuerza. Al cabo, el martilleo en mi cabeza disminuye un poco.

—No debemos permitir que esto pueda con nosotros —susurro.

Siento tensarse sus brazos en torno a mí.

—Tienes que entender una cosa —me dice—. No voy a ser capaz de querer a este bebé.

—¡Por el amor de Dios, eso que dices es horrible! —Incluso en plena regañina, una parte de mí se siente agradecida porque exprese un temor que yo no me atrevo a admitir, ni siquiera para mí—. Aún no sabemos hasta qué punto es mala la cosa. Podría ser muy... leve. ¿Te acuerdas de aquella mujer que vivía enfrente? Su hijo tenía síndrome de Down. Ella lo pasó mal, pero al crío le fue de maravilla. Hasta llegó a conseguir un empleo en el supermercado Tesco's.

—Yo no quiero sacrificar mi vida para que mi hija consiga un empleo en el supermercado.

—Pero es tan adorable...

—Es adorable —admite Tobias con tono firme—, pero es una cadena perpetua.

De madrugada, se oyen unos golpes en la puerta, que se abre de par en par. Irrumpen dos o tres personas con batas de quirófano, se enciende la luz.

—¡Su hija ha tenido otro ataque! —exclaman.

Durante un instante, tengo el temor (¿o la esperanza?) de que esté muerta.

—¿Nos dan su permiso para administrarle medicamentos?

Asentimos, amodorrados, y pregunto si debo ir con ellos. Siento alivio cuando contestan que no.

Volvemos a dormirnos. Sueño que grito a pleno pulmón: «¡No quiero ser la madre de una niña disminuida!» Pero nadie me oye.

Freya está muy soñolienta esta mañana. Estoy sentada con ella en brazos, sintiéndola ceñirse a mi cuerpo, disfrutando de los tirones de pececito que da a mi pecho. Tengo la sensación de que nuestros cuerpos siguen unidos, como si

fueran incapaces de romper el hábito de ser una sola carne. Mi cuerpo responde al de ella: mi respiración cambia, mis hormonas de la felicidad vuelven, la unidad de neonatos se desvanece; se convierte en el sitio más bonito del mundo porque estamos las dos juntas aquí dentro.

El bebé y yo nos hemos ido flotando hasta Francia. Nuestra alegre casita es muy bonita y pulcra. Ella está aprendiendo a gatear sobre las limpias baldosas de piedra con el sol entrando a través del umbral mientras preparo una ensalada con lechuga fresca y crujiente y nuestros propios tomates. Tobias llega del jardín y el bebé gatea hacia él. La coge en brazos y la besa. Ella nos mira cuando reímos y gorjea de felicidad. La siento en la trona, le pongo el babero y le doy con mucha maña una papilla de verduras que he hecho yo misma. Un día, se pone a andar con sus piernecitas regordetas y, antes de que nos demos cuenta, llega a todas partes. Tobias y yo bebemos vino blanco muy frío y celebramos comidas con nuestros amigos y nos reímos de las cosas tan divertidas que dice la niña, hasta que de pronto llega el día en que tiene que empezar el colegio, y es sólo entonces cuando nos damos cuenta de que esos cenizos de los médicos se equivocaban de medio a medio.

—¿Se encuentra bien? —Una mujer regordeta de aspecto maternal me está mirando—. Mamá, ¿se encuentra bien?

—No sé si estoy bien. Me han dicho que mi hija va a ser disminuida, pero nadie me dice hasta qué punto es grave, y ninguno de los médicos habla mi idioma, sólo una especie de galimatías, y todos insisten en llamarme *mamá*.

La mujer sonrío.

—Bueno, yo formo parte de esos médicos. Soy la doctora Fernández. No volveré a llamarla *mamá* y trataré de no soltarle un galimatías.

Asiento con la cabeza. Se la ve amable y sensata, alguien en quien parece prudente confiar. Como la madre



que me gustaría tener en lugar de esa tan rarita y egocéntrica que tengo.

—Como ya sabe, Freya ha sufrido otro ataque esta madrugada. Le hemos dado una dosis considerable de medicamento que se llama fenobarbital. Un ataque de esta clase se parece un poco a una tormenta eléctrica en el cerebro, y hacemos que el paciente duerma. Para permitir que el sistema pueda reiniciarse, por así decirlo.

—Me parece haberla oído decir *fenobarbital* —interviene Tobias, que acaba de despertarse—. ¿No fue eso lo que mató de sobredosis a Marilyn Monroe?

—Pues sí, la verdad. Es un barbitúrico de los años cincuenta. Me temo que no tenemos medicamentos muy buenos para niños tan pequeños. Las farmacéuticas no quieren probarlos en recién nacidos, por motivos éticos. Pero el fenobarbital funciona, y llevamos años utilizándolo sin riesgos. Ha dejado muy tranquilita a Freya.

—Tenemos planeado mudarnos a Francia —suelto.

Tobias me mira con cara de asombro; no hemos vuelto a hablar de Francia desde que Freya nació.

Si la doctora Fernández se ha sorprendido, no se le nota.

—Me informaré. Deberíamos ser capaces de coordinarnos con el sistema francés, si es lo que quieren —comenta, como si fuera la petición más razonable del mundo. Luego hace una breve pausa—. También podemos ocuparnos de que vean a un psicólogo si lo necesitan.

—No, gracias —se apresura a contestar Tobias.

Yo también niego con la cabeza; la mera idea de hurgar en cómo nos sentimos ahora mismo es demasiado espantosa para contemplarla siquiera.

—Ojalá supiéramos hasta qué punto va a estar mal —digo—. Por lo que parece, nadie quiere mojarse con ese tema.

—Van a tener consultas con un montón de especialistas, que hablarán en su propia jerga —explica la doctora—. Y todos querrán curarse en salud. Les prometo una cosa:

averiguaré cuál es su verdadera opinión, y les informaré con toda sinceridad.

—Gracias.

—¿Necesitan algo más por el momento?

—No estamos seguros de poder apechugar con ella —dice Tobias con sinceridad, mirándome de soslayo.

—Eso es perfectamente normal. No hay ninguna ley que diga que tienen que apechugar.

No soy una persona dependiente, pero me encuentro aferrándome a la doctora Fernández como un náufrago en un mar turbulento se agarraría a un tronco. Hasta ahora, había supuesto que se nos exigiría apechugar con esta niña.

—Te diré qué vamos a hacer —dice Tobias—: nos vamos al aeropuerto, cogemos un vuelo a Brasil y no dejamos nuestras señas a nadie.

El puro alivio que supone esa imagen nos hace reír a los dos.

—Pero si hacemos eso, acabaremos como personajes de Graham Greene, empinando el codo en un bar en Tahití o un sitio así.

—Pues a mí me parece muy buena opción —dice él.

—Pero no podemos hacer eso. Va a llegar mi madre en cualquier momento.

—Precisamente lo que estaba deseando, que viniera tu madre.

—El problema es que me gustaría que el encuentro fuese bien, pero sé que acabará diciendo algo tan grosero que saltaré.

—Anna, sabe Dios que no soy ningún fan de tu madre, pero os lleváis como el perro y el gato. Tienes que entender que estará tan emocionada por el nacimiento de su primera nieta que dirá o hará cualquier cosa con tal de llamar tu atención.

Suelto un bufido.

—¿Emocionada? Freya no podría importarle menos. No para de hablar de su comedero de pájaros.

—No escuches nunca una sola palabra que diga tu madre —aconseja Tobias—, piensa sólo en lo que realmente quiere decir.

Mi madre aparece en el hospital ataviada con un largo abrigo verde, con un animal que se muerde la cola en el cuello y un gorro de piel de zorro. A veces pienso que lo hace sólo para que yo pase vergüenza.

—Por el amor de Dios, no puedes llevar esas cosas en Londres hoy en día.

—Tonterías. ¿Qué tiene de malo un gorro de piel? Has de saber que éste fue un regalo de tu queridísimo padre, quien siempre fue tu favorito.

Ya estamos, con las dagas desenvainadas otra vez, así de fácil. Hago un tremendo esfuerzo:

—Me alegro de que hayas venido.

—Bueno, por supuesto que he venido. ¿Qué te hacía pensar que no iba a venir? Después de todo, es mi primer nieto. Mira, le he traído un regalo. —Cuando hurga en el bolso de Harrods y saca un maltrecho osito de peluche, un tufillo a Chanel número 19 flota hacia el pasillo—. ¿Lo reconoces?

—Es mi osito.

—Sí, cariño. Lo he guardado todos estos años, para cuando tuvieras una hija.

—Mamá, tengo algo que decirte.

—¿Qué, cariño? ¿Cuándo voy a ver a la pequeñita?

—Mamá, escúchame, por una vez en tu vida. Su cerebro no se ha desarrollado como es debido. Por lo visto es un caso muy raro. Nadie sabe qué ha pasado. No lo detectaron en ninguna de las ecografías que me hice. Va a ser física y mentalmente disminuida.

Durante sólo un instante, se le desencana el rostro. Pero entonces su expresión cambia y luce la implacable máscara de «me niego a aceptar malas noticias» que tan bien conozco.

—Los médicos siempre exageran, cariño. Estoy segura de que descubrirán que sólo ha sido un error absurdo.

¿Por qué estoy tan enfadada con ella y su Chanel y su bolso de Harrods y esa vida tan cómoda que lleva y que nunca se ha visto cuestionada?

—No ha habido ningún error. Le han hecho un montón de pruebas.

Mi tono es más brutal de lo que pretendo. Y entonces ocurre lo imposible: mi dura e indómita madre se echa a llorar. Estoy acostumbrada a que utilice las lágrimas como un arma, pero nunca, ni siquiera cuando murió mi padre, la había visto presa de un dolor genuino e incontrolable. De algún modo, ser testigo de su tristeza me afecta más que todo lo demás, como si tuviera delante una prueba externa de que, en efecto, hemos sido víctimas de una tragedia. Trato de abrazarla, pero se aparta de mí. Detesta que la crea vulnerable.

Vislumbro por un instante que Tobias puede estar en lo cierto, y que quizá no lleva el maquillaje, el Chanel número 19, el gorro de zorro y el cuello de piel por el hospital, ni siquiera en honor a mí, sino por su nieta. Y quién sabe, a lo mejor toda su cháchara sobre el comedero de pájaros podía no ser otra cosa que fruto de los nervios, porque, con su relación conmigo irrevocablemente rota, ahora tiene la posibilidad de entablar una nueva con Freya.

—Te llevaré a verla —le digo con dulzura.

Mi madre sorbe por la nariz.

—Vale, sí. No me importaría verla, desde luego que no.

Se enjuga las lágrimas y vuelve a meter el osito de peluche en el bolso de Harrods.

• • •